

En crisis y a la búsqueda de otra comuna de París

Marc Andreu*

La crisis. Este fenómeno socioeconómico global que estalló en 2008 pero que se venía incubando desde hacía tiempo, y con especial fuerza en el mundo urbano y en todo lo relacionado con la vivienda y el sector inmobiliario, afectó ineludiblemente al ámbito local y a la actividad anual de los movimientos vecinales, ciudadanos y sociales de carácter urbano en el conjunto del Estado español. Esta afectación no fue tanto por lo a que luchas vecinales concretas se refiere, puesto que siguieron siendo muchas y diversas, y con una fuerza, vitalidad e incidencia que sigue midiéndose de forma desigual por barrios, ciudades y federaciones. El impacto de la crisis se tradujo, sobre todo, en desconcierto y cierta parálisis de los movimientos sociales urbanos en lo que se refiere a respuestas, propuestas y articulación global de lo que, el año anterior, se había perfilado como una renovada acción política desde la ciudadanía.^[1]

Un par de *zapatazos* reivindicativos, una recurrente y ampliada (pero poco masiva) denuncia vecinal contra el incremento de los precios de los servicios básicos y algunas prestigiosas reflexiones políticas y académicas sobre el papel de los movimientos sociales urbanos ante la crisis resumen, en cierto modo, el desconcierto y hasta la impotencia con los que el movimiento vecinal (al igual que otros actores sociopolíticos) cerró el año 2008. Un año que, en síntesis —y parafraseando al geógrafo marxista norteamericano David Harvey a su paso por España, en octubre—, cabe resumir como una etapa «a la búsqueda infructuosa de una nueva Comuna de París en tanto que necesaria respuesta revolucionaria a la crisis», como se argumenta y concreta más adelante en este ensayo.

Todo ello no implica que el año no se cerrara también con algunas importantes victorias simbólicas para el movimiento vecinal. Así cabe entender la constatación política oficial del fin de un modelo de ciudad, el denominado *modelo Barcelona*, y la constatación, en este caso *de facto* por la crisis inmobiliaria, del fin de un modelo de crecimiento urbanístico especulativo e insostenible cuyo paradigma podría ser la población castellana de Seseña, del promotor Francisco Hernando, *El Pocero*. Además, y pese al *impasse* general que en realidad significó el 2008 para las asociaciones de vecinos, se vio una vuelta a la calle del movimiento vecinal en comunidades como Euskadi.^[2] Y entre algunas federaciones vecinales y movimientos urbanos de matriz no vecinal (okupas y otras plataformas, por ejemplo) se dieron renovados esfuerzos de coordinación «hacia una agenda de referencia común», que es como se tituló, en octubre, la segunda convención de movimientos sociales de Madrid. Otro buen ejemplo de esta colaboración entre movimientos sociales fue la temática del cuarto Fòrum Veïnal Barcelonès, que las asociaciones de vecinos de la capital catalana dedicaron en noviembre a la ecología y la ciudad, en colaboración con entidades y profesionales (ambientalistas o no) que trabajan por el desarrollo sostenible.

Harina de otro costal es la pugna por la coordinación estatal y la representación institucional del movimiento vecinal, que sigue viva y compleja desde que, a finales del 2002 y en medio de una grave crisis interna, desapareció la Confederación Estatal de Asociaciones de Vecinos (CAVE). En una asamblea celebrada en Gijón en noviembre de 2008 —presentada como el eslabón que enlaza con la historia de la CAVE y bendecida con un saludo virtual de la vicepresidenta del Gobierno María Teresa

Fernández de la Vega—, la Confederación Estatal de Asociaciones Vecinales (CEAV) pareció ganar la batalla representativa a la Unión Estatal de Confederaciones de Asociaciones de Vecinos (UECAV), de la que, a su vez, a principios de otoño se desvinculó la importante confederación andaluza (CAVA). Pese a que la CEAV —que preside el asturiano José Vicente Vallín y cuenta en su junta con dirigentes vecinales de Burgos, Vigo, Valencia, Cartagena, Zaragoza, Elche, Vigo y Cataluña— está formada por 99 federaciones vecinales, 12 confederaciones autonómicas y 3.100 asociaciones de vecinos que suman más de un millón de asociados, su asamblea cerró en falso la división vecinal institucional. Y es que la confederación andaluza dejó la UECAV pero no se integró en la CEAV, argumentando que no se dio un verdadero proceso de unidad entre las dos confederaciones estatales. Además, y no menos relevante, cabe recordar que las importantes federaciones vecinales de Madrid (FRAVM) y Barcelona (FABV) siguen al margen de cualquier proceso de coordinación estatal porque consideran que debe propiciarse desde la base y de forma más pausada, para no repetir los errores y la superestructura organizativa que acabaron con la CAVE.

En todo caso, tanto la CEAV en su asamblea de Gijón como, con especial relevancia y coordinación, las federaciones de Madrid y Barcelona, así como muchas asociaciones de vecinos de forma particular, coincidieron en el año 2008 en un objetivo común: el impulso de trabajos sobre la memoria histórica y para dotarse de reflexión teórica e instrumentos útiles en 2009 (y más allá) en el contexto de la conmemoración de los 40 años del movimiento vecinal y de los 30 de ayuntamientos democráticos.

Más reivindicación que movilización

A imitación de los zapatos lanzados por un periodista iraquí en la rueda de prensa de despedida en Bagdad del presidente de Estados Unidos George W. Bush, vecinos de Barcelona y de la población catalana de Sallent, en la comarca del Bages, protagonizaron el 23 y el 29 de diciembre una doble anécdota gráfica que en cierta forma sirve de parábola al resumen del año vecinal. En el primer caso, vecinos de Barcelona lanzaron un zapato (muy lejos de su objetivo) al alcalde socialista Jordi Hereu durante la inauguración de la nueva montaña rusa del Tibidabo. Una atracción polémica en tanto que, pese a una dura oposición vecinal y ecologista, ha supuesto la tala de decenas de árboles del parque natural de la sierra de Collserola para tratar de consolidar algo más la oferta de la ciudad como parque de atracciones, temático y turístico. En el segundo caso, otro zapato cayó (ya más cerca) de la directora general de Vivienda de la Generalitat de Catalunya, la ecosocialista Carme Trilla, durante una asamblea en la que el Gobierno catalán exponía su plan para reubicar a los vecinos (gradualmente y según la urgencia) del barrio de la Estació de Sallent. Un barrio que hace años que literalmente se hunde, entre protestas vecinales, por haber sido mal proyectado y construido sobre una antigua zona minera.

Más allá del anecdótico mimetismo, que la reivindicación vecinal adopte formas tan globales y mediáticas pero, a su vez, de impotencia como fue el *zapatazo* de un periodista iraquí a Bush pone de relieve que, seguramente, la reivindicación no va acorde con la movilización. Así cabe entender también, otra vez con Cataluña de ejemplo, que la FABV y la Confederació d'Associacions de Veïns de Catalunya (Confavc) protestaran tardíamente, y de forma más mediática que sacando gente a la calle, contra el aumento de precios de servicios básicos como el transporte público y las tarifas eléctricas. Eso es significativo en tanto que un año antes la federación de

Salamanca (Fevesa) ya había puesto en la agenda política vecinal esta reivindicación, sacando a la calle a decenas de miles de personas entre finales del 2007 y enero del 2008 y prefigurando un amplio movimiento de protesta popular contra la carestía de la vida en tiempos de una crisis económica que ya se intuía grave.

De hecho, tanto la FRAVM de Madrid como otras muchas federaciones vecinales, e incluso la CEAV, insistieron a lo largo del 2008 en el filón salmantino. Se focalizaron reivindicaciones vecinales contra el alza (hasta muy por encima del IPC) de los precios de servicios básicos, en especial las tarifas eléctricas y de transporte, pero también en defensa de la sanidad pública. Sin embargo, ello no derivó en ningún amplio movimiento de protesta vecinal anticrisis. Ni tan siquiera en nada que pudiera parecerse a la desigual pero masiva campaña de desobediencia fiscal que la Confavc lideró en la Cataluña de los años noventa contra los impuestos abusivos en el recibo del agua. Este fracaso movilizador cabe atribuirlo en buena medida a los déficits organizativos y representativos de un movimiento vecinal que tampoco contó en este primer año de crisis económica con el apoyo, al menos inicial, de ninguna contundente estrategia de respuesta sindical. Pero todas estas responsabilidades no pueden desligarse del hecho capital (y con clave repercusión mediática) de que la crisis (primero) y su magnitud (luego) fueran negadas por el Gobierno del PSOE, antes y después de la reelección de José Luis Rodríguez Zapatero como presidente en las elecciones legislativas del 9 de marzo. De hecho, hasta enero del 2009, cuando la espectacular subida del paro ya no admitió subterfugios, el Gobierno español no admitió claramente la gravedad de la situación. Y aún así, entre más paños calientes que los puestos por las instituciones europeas o por prestigiosos organismos académicos.

La ciudad contra el capital

Sólo en octubre del 2008, cuando el desplome bursátil y la crisis financiera mundial empezaron a llenar portadas de diarios y noticiarios, empezó a quedar en evidencia pública que los factores urbano e inmobiliario eran claves (y especialmente graves en el Estado español) para entender la crisis, tal y como el movimiento vecinal y profesionales afines venían anunciando desde hacía tiempo. Es sintomático que *La Veu del Carrer*, la revista de la FABV, abriera el 2008 con un amplio dossier que analizaba las formas y la precariedad del trabajo en Barcelona y cerrara el año con otro monográfico dedicado a la crisis, encabezado por un artículo del geógrafo y urbanista Jordi Borja titulado *La ciudad contra el capital*. Si bien la historia nos enseña que «barrio no quiere decir necesariamente revolución» —lo apuntó el historiador urbanista José Luis Oyón en una entrevista a *Carrer* a propósito de su magna obra *La quiebra de la ciudad popular*, sobre el mitificado anarquismo barcelonés de los años treinta—,^[3] no son pocos los que vaticinaron en 2008 alguna dura reacción a la crisis desde ciudades y barrios. Bien en forma pro-positiva y reivindicativa de un amplio movimiento social o bien bajo formas más destructivas, a imagen y semejanza de los disturbios en las *banlieu* o periferias urbanas francesas del año 2005. Sin demasiado eco mediático, este último temor lo expresó ya a finales de agosto, por ejemplo, el presidente de la Generalitat de Catalunya, José Montilla, cuando advirtió que «la crisis traerá tensión a barrios, ciudades y pueblos».

Geógrafos y urbanistas de raíz marxista, prestigio internacional y vinculación vecinal como Jordi Borja y los norteamericanos David Harvey, Mike Davis y Tom Angotti son de los que reclamaron durante el 2008 una respuesta social y ciudadana a la crisis

articulada, de alguna manera, sobre el mundo urbano o barrial. De paso por España para presentar su libro *París, capital de la modernidad*, Harvey participó en varios actos de reflexión sobre el derecho a la vivienda y a la ciudad, sobre modelos urbanos y movimientos sociales, justo después de estallar, a principios de otoño, la crisis financiera mundial. Su tesis^[4] es que una crisis inmobiliaria y de modelo urbano está, en gran parte, en la base de la actual situación, como en buena medida ya sucedió en las crisis globales de los años 70 y los años 30 del siglo XX, e incluso en la crisis financiera francesa de 1868 que acabó con la Comuna de París.

Para hacer frente a la crisis, pues, hay que tener en cuenta a los movimientos sociales urbanos. Y de aquí la pregunta retórica que Harvey se hizo ante más de 200 personas, un sábado de octubre en el auditorio del Museu d'Art Contemporani de Barcelona, sobre dónde estallará la nueva Comuna de París que, desde una perspectiva revolucionaria, haga frente a esta crisis del capitalismo. Semanas antes de que, a raíz de los disturbios sociales en Grecia, su colega Mike Davis sentenciara que «el mundo se ha vuelto inflamable y la revuelta de Atenas es el primer chispazo»,^[5] el propio Harvey argumentó que la revuelta urbana es hoy más difícil. Porque la cultura de la propiedad, vía hipotecas, ha penetrado desde los años 50 del siglo XX en la clase obrera de todo el mundo y funciona como «un mecanismo de estabilización social, político y sindical».

Consciente de ello, en *La ciudad contra el capital* Jordi Borja pidió la emergencia de «un amplio movimiento social de los que tienen más deudas que vivienda, más hipotecas que trabajo remunerado, más indignación que paciencia, más confianza en la fuerza popular que en las promesas vacuas de los gobernantes» como única forma de frenar el «proceso disolutorio de la ciudad integradora». O lo que es lo mismo, el espejo en el que, al menos en la España de los años ochenta y noventa, se reflejó la democracia. Y un termómetro clave, al menos a nivel occidental o europeo, puesto que «la historia de la izquierda social, cultural y política va estrechamente unida a la crítica de la economía y a la defensa de la ciudad».^[6]

Colega neoyorquino de Jordi Borja, el urbanista Tom Angotti —que a primeros de diciembre presentó en Barcelona su libro *New York for sale*, sobre planes y luchas comunitarias en la *capital del mundo*— no sólo sostuvo que «la crisis actual abre muchas oportunidades» de reorientación de modelos y políticas urbanas. También ilustró —a partir de su experiencia personal como líder de una importante huelga de inquilinos en la Nueva Jersey de los años setenta, de su actual trabajo como mediador comunitario en Nueva York y de su vieja implicación en una plataforma en defensa de la bicicleta, el transporte público y una movilidad más sostenible— cómo distintas piezas, actitudes y movimientos urbanos o vecinales pueden confluír para hacerse oír, respetar e incluso a veces convencer a poderes públicos demasiado sujetos a poderes e intereses privados y de grandes corporaciones.

Contactos entre movimientos urbanos

La explosión social en Grecia de finales del 2008, mezcla de desesperación juvenil y reacción popular contra la crisis y sus gestores políticos y económicos, sólo tuvo eco en algunos disturbios menores en Madrid y Barcelona. Como señaló el filósofo y periodista Josep Ramoneda, el contagio griego fue satanizado por medios y políticos conservadores «con el afán de señalar preventivamente potenciales culpables y desviar la atención sobre ellos para eludir el debate sobre las causas del problema». Que no es

otro que una crisis económica y de la democracia misma cuya «conflictividad inevitablemente irá a más».^[7] Las propias movilizaciones estudiantiles de finales del 2008 contra el denominado *plan Bolonia* pueden enmarcarse en este contexto, al que por supuesto no son ajenos los movimientos sociales urbanos y, entre ellos, el vecinal.

Al respecto, a lo largo del 2008 se dieron importantes pasos, si no de coordinación, sí de contacto y aproximación entre el movimiento vecinal y otros movimientos o realidades asociativas urbanas. Entre ellas, además de las nuevas plataformas vecinales (no siempre progresistas) que a veces se confrontan con las viejas asociaciones de vecinos, cabe mencionar al heterogéneo colectivo okupa. Un movimiento, el okupa, que sigue vivo y al alza (pese a los desalojos, la criminalización y cierta endogamia) no sólo en grandes ciudades como Madrid y Barcelona, sino también en comunidades como Murcia, que a principios del 2008 inauguró, en la pedanía de Churra, su primer centro social okupado. Además de con los okupas, el movimiento vecinal siguió tejiendo relaciones con el variado poso de activismo urbano juvenil que en muchas ciudades y barrios han dejado grandes movilizaciones de años anteriores. Es decir, las manifestaciones por el derecho a la vivienda, contra la guerra y, en general, el espíritu del altermundismo o la antiglobalización.

«El contacto entre movimientos sociales traerá renovación», necesaria tanto en el movimiento vecinal como en otros movimientos sociales. Así se manifestó, en junio, el presidente de la FRAVM, Nacho Murgui, cuando, junto a su homólogo salmantino Chema Collados, participó en Barcelona en unas jornadas de trabajo con la FABV y distintos movimientos sociales urbanos de Cataluña (entre ellos, okupas, gente de ateneos alternativos y miembros del colectivo V de Vivienda). Un punto de encuentro e intercambio de experiencias similar planteó meses después la FRAVM en la segunda convención de movimientos sociales de Madrid. Y aunque se constatará que las relaciones entre el movimiento vecinal y expresiones de otros movimientos urbanos son quizá más fluidas en Barcelona que en Madrid, quedó claro en ambos casos que no se trata de una aproximación fácil. Y que a veces, incluso, las relaciones, por ejemplo, entre okupas y vecinos organizados son contradictorias.

Así como no se puede obviar la capacidad crítica e innovadora de algunos colectivos urbanos no encuadrados en las clásicas asociaciones de vecinos, «tampoco se puede echar por la borda la experiencia del movimiento vecinal, que dispone de unos rasgos democráticos, por historia y estructura, como ningún otro movimiento social». Lo explicitaba el presidente de la FRAVM, que sin embargo, de acuerdo con la FABV, ve necesario explorar los nexos comunes entre los distintos movimientos sociales urbanos. Para, entre otras cosas, constatar que la acción coordinada puede ser clave en cuestiones reivindicativas, sociales, de participación democrática y, especialmente en época de crisis económica, para bloquear procesos xenófobos en ciudades y barrios.

Los programas de acogida e integración de inmigrantes desde la base que muchas asociaciones de vecinos han impulsado, a veces en forma de coordinadoras o entidades de segundo grado, son un ejemplo en auge que incluso administraciones municipales y autonómicas valoran. Porque muchas veces el movimiento ciudadano así organizado, y pese a unas subvenciones no siempre adecuadas o en el plazo prometido, soluciona papeletas sociales de competencia pública de forma similar a como todavía lo sigue haciendo, por ejemplo, la Iglesia católica a través de Cáritas. En el fondo, y por lo que al movimiento vecinal se refiere, es lo que la profesora de Derecho de la Universidad de

Salamanca, Zulima Sánchez, resumió en su conferencia inaugural de la asamblea de la CEAV de noviembre: «En época de crisis, los municipios tendrán que recurrir más a los vecinos».

Aunque también sería injusto cargar sobre los vecinos y su tejido asociativo las responsabilidades que deben asumir las administraciones públicas y, en especial, las más próximas a los ciudadanos, aunque estén infrafinanciadas. Lo puso por escrito el sociólogo Joan Subirats: «Ha pasado la época de los fastos municipales. La época en que las ciudades competían para ver quien hacía el plan urbanístico más fantástico, el edificio o el puente más atrevido del arquitecto estrella más de moda. [...] El gasto que dedican las ciudades a las políticas sociales, la capacidad de ayudar de manera concreta a los sectores y personas más vulnerables, será a partir de ahora la clave. [...] En definitiva, necesitamos alcaldes y ciudades comprometidos con la solidaridad. Sin gobiernos y comunidades más fuertes no conseguiremos salidas a la crisis».^[8]

Otra línea en la que se empezó a trabajar en 2008 desde distintos colectivos urbanos, aunque de forma incipiente, fue el intento de abrir un nuevo ciclo de luchas en defensa de los derechos sociales. Algo así como un intento de reorientar el éxito de las movilizaciones de años anteriores por el derecho a la vivienda, que tuvieron su apéndice en 2008 con algunas notables manifestaciones el primer fin de semana de marzo. Justo antes de las elecciones generales pero con la misma (escasa) trascendencia en las urnas que tuvo, por las mismas fechas, el toque de atención de la ONU al Gobierno español por incumplir el artículo 47 de la Constitución al primar la vivienda más como un bien de consumo y propiedad que como un derecho social. El caso es que colectivos como V de Vivienda mantuvieron contactos con plataformas análogas de todo el Estado y con un incipiente movimiento de familias hipotecadas de Madrid para tratar de incorporar a su lucha por el derecho a una vivienda digna, que tradicionalmente secunda el movimiento vecinal, a aquellos sectores que la tienen, aun hipotecada, pero podrían perderla por culpa de la crisis económica y el paro.

Cuatro décadas de memoria histórica

En la antesala de un año de efemérides locales como el 2009, que conmemora los 30 años de ayuntamientos democráticos y los 40 de la irrupción del movimiento vecinal en plena lucha final contra la dictadura franquista (aunque sus orígenes cabe buscarlos algo antes, a mediados de los años sesenta), las asociaciones de vecinos y sus federaciones más activas intensificaron en 2008 un trabajo de recuperación de la memoria histórica que, de hecho, ya venían haciendo. El objetivo es ambicioso, como resume la presidenta de la FABV, Eva Fernández, y la propuesta de exposición paralela conjunta que las federaciones vecinales de Barcelona y Madrid empezaron a trabajar bajo el título de *40 años de movimiento vecinal: construyendo ciudadanía, profundizando las conquistas democráticas*: «Al movimiento vecinal le hace falta recuperar la conciencia de su papel social y político, en cierta medida reconstruir su mermada autoestima y afrontar los retos que pasan por nuevas maneras de actuar en y con el conjunto del tejido social, la utilización de los recursos de la red y vencer los peligros del populismo».

Cualquier iniciativa vecinal de memoria histórica se presumía insuficiente ante la previsible avalancha de fastos municipales que —en un país muy dado a las efemérides y al electoralismo (las elecciones europeas de junio del 2009)— pondrá por delante del 40 aniversario del movimiento vecinal a los 30 años de ayuntamientos democráticos.

Sin embargo, y previo al proyecto de exposición conjunta FRAVM-FABV o a cualquier iniciativa de la CEAV, en 2008 ya se dieron ejemplos de lo que se puede hacer para evitar que la política institucional patrimonialice o, cuando no pueda, arrincone en el olvido la memoria del movimiento vecinal.

De alguna forma, y en el campo más clásico de las publicaciones, eso trató de conjurar el número tres de la colección *Quaderns de Carrer*. Editado por la FABV para actualizar en 2008 el estudio sociológico *La Barcelona dels barris*, el libro de título homólogo reivindica para el movimiento vecinal el concepto de «la Barcelona de los barrios».¹⁹¹ Una idea que el ayuntamiento de la capital catalana trata de convertir en un logo propio a partir de una nueva división del mapa barrial que, hecha sin participación real y bajo el áurea de la proximidad, en realidad pretende dividir, fraccionar y neutralizar a aquellas entidades vecinales históricamente más combativas. Otro triste ejemplo de este intento de apropiación, sin menoscabo de llevar aparejadas buenas intenciones, fue el discurso con el que el alcalde socialista de Barcelona impuso el 30 de octubre, a título póstumo, la medalla al mérito cultural al periodista, historiador y fundador del movimiento vecinal Josep Maria Huertas, fallecido en 2007.

En Madrid, a su vez, destacó la lucha de impulso vecinal para que al menos una parte de la antigua cárcel de Carabanchel se salvara de la piqueta y pasara a ser un museo de la memoria histórica. Así lo trasladó incluso al Congreso, mediante una proposición no de ley, el grupo de IU-ICV, y se manifestó también a favor de la idea el Defensor del Pueblo. Ante el argumento del gobierno madrileño del PP de que el derribo era necesario para hacer equipamientos, la Asociación de Vecinos de Aluche alegó que aunque los barrios de Aluche y Carabanchel los necesitan, ello debía ser compatible con la preservación de parte de la cárcel para «la creación de un centro para la paz, para los represaliados, para un museo».

Como instrumentos de memoria histórica, aunque imprescindibles, no siempre dan buenos resultados los libros (por limitada difusión) o la defensa de edificios emblemáticos (que hay quien entiende quijotesca). En cambio, en 2008 otros formatos se revelaron exitosos o prometedores para el movimiento vecinal. Uno es el de la tradicional y recurrente exposición: el Museu d'Història de la Ciutat de Barcelona organizó la muestra *Barraquismo: la ciudad informal* con notable éxito de público y la imprescindible complicidad de vecinos, historiadores, periodistas y políticos. Otro formato utilizado es el cada vez más revalorizado largometraje documental: el director Juan Vicente Córdoba presentó en el Festival de San Sebastián su película *Flores de Luna* sobre la historia del vallecano y luchador barrio del Pozo del Tío Raimundo.

Hacia otro modelo de ciudad

Según proclamó en la asamblea de la CEAV su presidente, Juan Vicente Pallín, el movimiento vecinal debe «evolucionar de la protesta a la propuesta» para tener más presencia en la vida pública. Pero la batalla por la memoria histórica demuestra que la primera va casi siempre estrechamente vinculada a la segunda. En 2008 quedó claro que no es fácil la crítica o la protesta vecinal (o de los movimientos sociales en general) a propuestas de gran envergadura política, económica y mediática como la Expo de Zaragoza o el proyecto olímpico de Madrid 2016. Pero esta crítica o protesta, que quizá no tiene por qué ser siempre frontal, es imprescindible y saludable aunque sólo sea como contrapeso a la propaganda institucional. Y, aunque no lo parezca, con su protesta

el movimiento vecinal puede obtener incluso grandes victorias simbólicas y trabajar a favor de propuestas de tanto calibre como un cambio de modelo de ciudad. Porque así lo sirve en bandeja una crisis que ha dejado en cueros al urbanismo especulativo *modelo Seseña*. Y porque así se lo ha ganado a pulso el propio movimiento vecinal con el caso paradigmático del *modelo Barcelona* como emblema.

Eso es lo que se visualizó entre el 24 y el 26 de octubre del 2008 cuando el 9º congreso del Partit dels Socialistes de Catalunya (PSC) de Barcelona, el partido que ostenta la alcaldía de la capital catalana desde 1979, reconoció —el último tras el resto de partidos y muchos años después de que lo alertaran la FABV, los movimientos sociales y algunos intelectuales— que en 2004, el año en que el Fòrum Universal de las Culturas quiso emular el impulso urbano de los Juegos Olímpicos de 1992, ya se había agotado el modelo de ciudad vigente en los últimos 30 años. Atenazado por primera vez el PSC por encuestas desfavorables, y con cierto cinismo y omisión de responsabilidades propias, la ponencia política de los socialistas barceloneses afirmaba que «nunca existió un *modelo Barcelona*» si se entiende como una «propuesta pre-defnida, cerrada y perfectamente elaborada» sobre la ciudad a construir desde 1979. Añadía que no parecía «demasiado útil o pertinente elevar a la categoría de modelo la trayectoria global de la ciudad en los últimos 30 años», aunque ello así se hubiera propagado durante mucho tiempo en España, Europa y América. De hecho, y sin pudor a contradecirse, el PSC reivindicó el «balance positivo» de una «fórmula que expresa sobre todo el posicionamiento de la marca de ciudad en la escena internacional». Y concluía que «si el denominado *modelo Barcelona* está hoy agotado es porque en muy buena medida ha logrado sus objetivos en la larga etapa modernizadora precedente (1986-2004)».

En la crítica al modelo de ciudad, los políticos han ido siempre por detrás de las reflexiones de intelectuales y movimientos sociales menospreciados por el poder y que ahora, quizá demasiado tarde para enderezar algunas cosas, ven implícitamente reconocida su verdad. Cabe recordar que desde antes de 1992 la FABV cuestiona en Barcelona el modelo urbano impuesto bajo la bandera olímpica. Y que el movimiento vecinal contó para ello con la complicidad de intelectuales y reconocidos profesionales como Manuel Vázquez Montalbán, Manuel Delgado, Horacio Capel, Josep Maria Montaner, Jordi Borja, Albert Recio, Ferran Navarro, Enric Tello, Mercè Tatjer y Josep María Huertas, entre otros. Pero si 1992 fue un punto de inflexión aún minoritario en la crítica al modelo de ciudad, en 2004 este movimiento crítico, abanderado por unos revitalizados movimientos sociales y ciudadanos, logró la hegemonía cultural.^[10]

Lo certificó simbólicamente, precisamente en un debate del Fòrum 2004, el filósofo y periodista Josep Ramoneda cuando anunció el fin del «consenso urbano» logrado en la Barcelona de los años setenta. Ese consenso que ahora echan en falta exponentes del socialismo municipalista como el historiador y exconcejal Ferran Mascarell^[11] y que Manuel Vázquez Montalbán había situado mucho antes, y con fecha de caducidad avanzada a mediados de los años ochenta, alrededor de «la construcción de la ciudad democrática», ansiada en toda España durante la transición.^[12] También fue en 2004 cuando el urbanista y exconcejal comunista Jordi Borja, antes (y también ahora) ideólogo del movimiento vecinal pero, entremedio, en los años ochenta y noventa, padre y propagandista del *modelo Barcelona*, puso por primera vez en cuestión un referente hasta entonces idealizado en toda España y premiado internacionalmente. Jordi Borja advirtió entonces del peligro de fractura del modelo urbano por culpa de la fuerza de la iniciativa y los intereses privados. Y reconoció que desde finales de los años 80 «el

urbanismo de promotores y negocios tiende a suplantar al urbanismo ciudadano y redistributivo que define el *modelo Barcelona*». ^[13]

Eso fue en 2004. En 2008, con la crisis galopando hacia la depresión, negada hasta el último momento por el Gobierno, y cogiendo de traspies a unos movimientos sociales a quienes se apagó antes de tiempo el último ciclo de grandes movilizaciones ciudadanas, el propio Jordi Borja lanzó la consigna revolucionaria de «la ciudad contra el capital». Para un movimiento vecinal que pasó buena parte del año aturrido ante la crisis que él mismo vio venir, al menos en sus factores urbanos, la consigna es todo un aldabonazo. Y un reto que, en el 40 aniversario de la eclosión de las asociaciones de vecinos, sitúa de nuevo al movimiento vecinal y ciudadano ante sus orígenes. Quizá no para impulsar la nueva Comuna de París que se enfrente al capitalismo como sugirió de forma romántica David Harvey. Pero sí al menos para exigir un nuevo modelo de ciudad que, en tiempos de crisis, prime la solidaridad, la participación democrática, la cohesión social y la sostenibilidad. Un nuevo modelo urbano que detenga la dinámica disolutiva de la ciudad que ha promovido el capitalismo especulativo y salvaje contra la forma más elevada de civilidad, progreso, redistribución y convivencia. Que eso es, o debería ser, la ciudad.

* Periodista e historiador, doctorando en la Universidad de Barcelona con una tesis sobre el movimiento vecinal en la Barcelona de la transición, Marc Andreu codirige la revista de la FABV *La Veu del Carrer* y es redactor de *El Periódico de Catalunya*.

[1] Véase Andreu, Marc. «Nueva cultura del territorio y renovada acción política desde la ciudadanía», en Ibarra, Pedro y Grau, Elena (ed.) *La red en la ciudad. Anuario de movimientos sociales 2008*. Barcelona, 2008, Icaria.

[2] Larrea, Unai. «El movimiento vecinal vuelve a la calle», en *El País*, edición País Vasco, 8 de junio de 2008.

[3] Ver *Carrer*, n. 105, FABV, Barcelona, marzo de 2008, p. 21, y Oyón, José Luis. *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 2008.

[4] Ver Harvey, David. «El derecho a la ciudad», en *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 27, n.º 4. Consultable en <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=2092> y Harvey, David. *París, capital de la modernidad*, Madrid, Akal, 2008.

[5] Davis, Mike. «El mundo se ha vuelto infamable y la revuelta de Atenas es el primer chispazo», en *La Jornada*, México, 19 de diciembre de 2008. Ver en <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=2239>.

[6] Borja, Jordi. «La ciudad contra el capital», en *Ca-rrer* n. 109, Barcelona, FABV, diciembre de 2008, p. 15. Disponible en <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=2227>.

[7] Ramoneda, Josep. «Sobre el contagio griego», en *El País*, edición Cataluña, 16 de diciembre de 2008.

[8] Subirats, Joan. «Las ciudades y los vecinos frente a la crisis», en *El País*, 18 de diciembre de 2008.

[9] Andreu Marc; Fernández, Eva, y Naya, Andrés (coord.). *La Barcelona dels barris*, Barcelona, FABV-Editorial Mediterrània, 2008.

[10] Ver Andreu, Marc. «Barcelona en carne trémula. Movimientos sociales y crítica al Fòrum Universal de les Cultures 2004», en GRAU, Elena, e IBARRA, Pedro (ed.). *La política en la red. Anuario de movimientos sociales*, Barcelona, Icaria, 2005, p. 220-229.

[11] Ver Mascarell, Ferran. *Barcelona y la modernidad. La ciudad como proyecto de cultura*. Barcelona, Gedisa, 2008.

[12] Vázquez Montalbán, Manuel. *La literatura en la construcción de la ciudad democrática*. Barcelona, Grijalbo Mondadori, 2001.

[13] Ver Andreu, Marc. «Moviments socials y crítica al ‘model Barcelona’. De l’esperança democràtica de 1979 al miratge olímpic de 1992 y la impostura cultural del 2004», en *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*. Universidad de Barcelona, 1 de agosto de 2008, vol. XII, n. 270 (119). <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-270/sn-270-119.htm>.